

— Hago saber, que durante los días catorce y quince... y diez y seis, se hará el alistamiento de los quintos del presente año y se ordena el puntual cumplimiento bajo las penas conocidas.

Liaba el papel y tomaba otra vez su paso, muy parecido al de Casitas cuando por las mañanas iba a la estación. Me refiero a los andares, porque Casitas, arreglado por la fiera mansa de la Cayetana, salía hecho un Marqués todas las mañanas entre nueve y diez, planchado y alhajado con su leontina colgando de gruesa cadena de oro de ley y eslabones aplastados y abundante abrillantamiento de los dedos de ambas manos, su sombrero hongo y su traje nuevo y planchado impecablemente porque D. Antonio, como ella le llamaba, era su niño mimado y su entretenimiento.

No consiguió ser otra cosa pero no fue poco para vivir como un rey con una esclava pendiente siempre de sus labios para adivinarle los pensamientos y complacerle, lo mismo cuando venía de torear cualquier tarde que cuando venía de las camareras por las madrugadas. Ella se apellidaba Ortega, de la familia de Cascabel, pero todo el mundo le llamaba la Cayetana de Casitas, cosa que la enorgullecía. Había vivido mucho en Madrid y tenía un aire chulapo, barriobajero, inconfundible, que concordaba con las aficiones tau-rinas de D. Antonio. ¿Qué no hubiera dado ella porque D. Antonio se hubiera arrimado en serio y con valor? que eran la debilidad de la Cayetana como prueba que siempre tuviera los trastos de matar a la vista de todo el mundo y cuidadísimos.

Vicente fue el tambor de la banda de Gassola y nadie más ha vuelto a tocar en Alcázar como él ni pregonero ni no pregonero, porque era músico y le acompañaba todo y los demás pregoneros se fueron eligiendo entre los desocupados que no sabían ni se hacían a pregonar, carecían de aliciente y de ilusión y se creían que todo era como el vendedor que va por la calle con la cabeza agachada y diciendo entre dientes:

— ¡Guarros vendo!..., con una voz apagada como si saliera de una cueva.

Poca gente pasaba al lado del pregonero sin preguntarle lo que llevaba:

— ¿Qué llevas?

— Un hombre que ha venido con mantas en cá la Petrilla y las da muy arreglás.

Y la gente quedaba enterada de lo que convenía e iba a aprovechar las oportunidades, pero con la bocina de la camioneta no creo que se formen abalanchas de compradores ni que se mejore el mercado y en cuanto a la política, que es para lo que parece haberse ideado tal procedimiento, nadie conocerá los programas ni se decidirá a votar, porque nadie puede entender lo que repele por sus ruidos inarmónicos.

Vicente no sólo pregonaba con eficacia sino que asesoraba a los que venían a vender y mejoraba el mercado y como siempre estaba en la plaza, como Estrella, lugar de sus observaciones, no escondidos en el Ayuntamiento,